

# Por los caminos de la ENP

Ricardo Valero

*Cambios políticos y sociales de gran calado conoció la generación de jóvenes que llegaba a la adultez a finales de la década de 1950: el “deshielo” de las dos mayores potencias del momento, los movimientos de descolonización e independencia en África y Asia, dictaduras y golpes de Estado en Centro y Sudamérica, la revolución comunista en una isla caribeña...*

Tomo prestadas dos imágenes para la confección de esta nota. *El mundo de ayer* son las notables memorias de Stefan Zweig acerca de un periodo que conoció, entre otros acontecimientos, el desmoronamiento del imperio austrohúngaro, la consolidación de la revolución bolchevique en Rusia y el ascenso de los regímenes nazi y fascista en Europa. La otra, *Despertar de primavera*, es también el título de una obra, en este caso de teatro, que se escenificó en aquellos días con el talento y en el espacio universitario, y se convirtió en una muestra representativa de toda una generación.

El paso por la Escuela Nacional Preparatoria fue, por cierto, un auténtico despertar. La inmersión en el bachillerato nos condujo a ampliar el horizonte y a enriquecer nuestra visión del mundo con lecturas, las enseñanzas de nuestros maestros y los intercambios de experiencias entre compañeras y compañeros. Fueron años de intensas y determinantes exposiciones ante la política y las diferentes manifestaciones de la cultura, de deseos fervientes por entender la realidad social y de contribuir a su mejoramiento y transformación. Un aspecto esencial de ese proceso fue, sin duda, el interés por lo que ocurría en el escenario internacional.

Teníamos noticias dispersas y fragmentadas, todas ellas inquietantes: los horrores de la guerra, dos de las cuales, con alcance internacional, habían tenido lugar en la primera mitad del siglo; la creación desde 1945 de la Organización de las Naciones Unidas y su incapacidad para detener los conflictos bélicos; el inicio de las llamadas guerras localizadas, la primera de las cuales terminó con la partición de Corea; la conquista del espacio y la carrera armamentista; las luchas de liberación de los pueblos de Indochina en contra del colonialismo europeo; la represión del movimiento popular en Hungría, en 1956; y, en nuestra región, el derrocamiento de un gobierno democrático y legítimo en Guatemala, en 1954, mediante un golpe militar que contó con el auspicio y la ayuda del gobierno norteamericano.

Vimos por primera vez algunas de las fotografías emblemáticas de Robert Cappa sobre la guerra de España, así como el extraordinario documental de Alain Resnais, *Noche y niebla*, sobre los campos de concentración y de exterminio en Polonia y en Alemania. Junto a relatos que exaltaban “la carga del hombre blanco” y sus reales o supuestas hazañas militares, tuvimos acceso a versiones distintas o alternativas: los relatos de Erich Maria

Remarque, de Romain Rolland, de Howard Fast, lo mismo que a cintas como *La gran ilusión* de Jean Renoir, *El gran dictador* de Charles Chaplin o *Juegos prohibidos* de René Clément. Empezamos a reconocer, contrario a la expresión de Ciro Alegría, que el mundo es ancho aunque no necesariamente ajeno, lo mismo que la necesidad de situar en su contexto los distintos procesos políticos y sociales, en su dimensión local y en su escala global, como diríamos ahora.

Presentar en unas cuantas líneas un panorama del mundo en 1958-1959 es, para mí, una empresa inalcanzable. Sólo la sabiduría de Alfonso Reyes fue capaz de condensar la historia y la cultura de México en una nuez. Tampoco es atractiva una simple bitácora y, menos aun, una relación cronológica de fechas o de datos puntuales y precisos. Para este apunte, he preferido intentar el trazo de pequeñas viñetas que nos permitan recordar y recrear aquellos tiempos. No hay mejor ni más estimulante método que el preconizado por Vladimir Nabokov: *Habla, memoria*.

La primera de ellas es precisamente la de un mundo bipolar que suponía la existencia de grandes bloques de países en pugna y en búsqueda de la hegemonía. En la terminología de la época, se trataba de una “guerra fría” entre regímenes e ideologías distintos, de sistemas antagónicos, el socialismo y el capitalismo, para la organización de la economía y la vida social. Los bloques estaban encabezados por potencias aliadas durante la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos de América y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, lo que parecía confirmar la célebre profecía de Alexis de Tocqueville, el gran pensador francés autor de *La democracia en América*, una obra capital del pensamiento político moderno.

Los dos países habían desarrollado una gran capacidad armamentista, detonado bombas nucleares y, poco después, otras con base en el hidrógeno que superaban, cuantitativa y cualitativamente, las que aviones norteamericanos arrojaron, en el mes de agosto de 1945, en las ciudades de Hiroshima y Nagasaki. Por la capacidad destructiva y de exterminio mutuo que poseían, se empezó a configurar una especie de equilibrio del terror. Ambos, asimismo, habían experimentado, con éxito, sus respectivos vuelos espaciales e iniciado otra carrera por la conquista del espacio exterior a la Tierra.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos surgió como la mayor potencia de la historia, perfilando lo que los analistas de la política mundial registran como una era presidida por la *pax americana*. Por medio de la Doctrina Truman, pusieron en marcha una política de contención para fijar lo que el primer ministro de Gran Bretaña, Winston Churchill, llamó “La cortina de hierro” y evitar así, según sus apreciaciones, una expansión de la URSS hacia Occidente que podría

contar, en algunos países, con la simpatía y el apoyo de los entonces poderosos partidos comunistas.

Dos grandes acciones y medidas complementarias entre sí constituían la estrategia básica para la instrumentación de esa política: la creación de un dispositivo militar de carácter multilateral, la Organización del Atlántico Norte, y el lanzamiento del Plan Marshall, un programa de ayuda económica hacia los países europeos que facilitara la reconstrucción de sus economías y de sus ciudades devastadas.

En las elecciones presidenciales estadounidenses de 1956 fue reelecto el general Dwight Eisenhower, quien había puesto fin, cuatro años antes, al predominio de tres décadas del Partido Demócrata en la *república imperial*, para utilizar el término siempre descriptivo y sugerente de Raymond Aron. Con una mirada retrospectiva, resulta del mayor interés subrayar que, en 1957, el gobierno federal de ese país envió un destacamento militar a la ciudad de Little Rock para detener las brutales agresiones desatadas en contra de la población afroamericana, con motivo de la legislación que prohibía la segregación en las escuelas y en las vías públicas; esos hechos se transformaron en un significativo antecedente de las grandes jornadas antirracistas que vinieron después.

Por su parte, la URSS también salió fortalecida de la gran contienda al reconocérsele, primero en Yalta y después implícitamente en San Francisco, una amplia zona de influencia que abarcaba la casi totalidad de los países de Europa del Este, en donde se establecieron las entonces denominadas *democracias populares*. Alemania se dividió en dos partes, la occidental y la oriental, y Berlín, la antigua capital y principal ciudad del país, en cuatro secciones, tres de las cuales quedaron protegidas por los países occidentales y la cuarta fue fijada como la capital de la República Democrática Alemana. En los primeros años de la década de los cincuenta, hubo en varios de estos países brotes de inconformidad e intentos de rebelión que fueron reprimidos y sofocados. El más visible tuvo lugar en Hungría, en 1956, que terminó con una masacre a cargo principalmente del ejército soviético, que acusaba a los países occidentales, y en especial a sus agencias y servicios de inteligencia, de provocaciones e intromisión.

A mediados de ese mismo decenio, los países de Europa del Este, por su lado, formaron una alianza militar y estratégica alrededor del Pacto de Varsovia. En el año de 1955 se realizó el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, en el que Nikita Jruschov, el nuevo secretario general, hizo revelaciones y denuncias de los crímenes y atrocidades cometidos bajo la égida de Stalin, que sacudieron la conciencia del mundo entero y parecieron abrir una apertura política del sistema. El año de 1958 conoció la primera visita de un alto dirigente soviético a Estados Unidos, que fue la oca-

sión en la que el mismo Jruschov, confiado de la superioridad del sistema socialista, inició “el deshielo” y lanzó el reto de la coexistencia pacífica. Fue sin embargo ese mismo año en el que Boris Pasternak, debido a la presión gubernamental, tuvo que renunciar al Premio Nobel de Literatura que le habían conferido.

Las derrotas de Francia en Indochina y la que sufrió la Gran Bretaña en la disputa por el manejo del canal de Suez en 1956 representaron la finalización de una etapa del colonialismo y también la declinación de ambos países como potencias dominantes. Estados Unidos y la Unión Soviética emergieron de esas crisis como las indiscutibles superpotencias de la época.

Hacia esos años, la recuperación y la reconstrucción aceleradas constituían la nota más marcada en los países que habían participado y sufrido las mayores pérdidas en la Segunda Guerra Mundial. De entre todos ellos, paradójicamente, sobresalían los que fueron el soporte del Eje y habían sido derrotados; se señalaba, con insistencia y admiración, los milagros económicos de Alemania y de Japón. Europa había iniciado el mayor proceso de integración supranacional de la edad moderna y había formado, desde 1952, la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. En 1957 se firmó el Tratado de Roma, punto de arranque de la construcción de la Unión Europea que no pocos analistas e historiadores inclu-

yen, de manera destacada, entre los mayores hitos de la segunda mitad del siglo xx.

El general Charles de Gaulle, junto con los *partisans* y el *maquis*, símbolo de la resistencia francesa, regresó al poder en 1958. Mediante su llamado a “la salvación” y a la grandeza nacional, así como la celebración de un referéndum, fue constituida la V República. En ese mismo año se exacerbó una de las guerras de liberación más prolongadas y cruentas de la historia contemporánea que, años más tarde, pudimos ver recreada en *La batalla de Argel*, el memorable filme dirigido por Gillo Pontecorvo.

En el Mediterráneo europeo se habían asentado dos dictaduras características de la época: la de Antonio de Oliveira Salazar en Portugal y la de Francisco Franco en España. Para nosotros, esta última tenía singulares connotaciones asociadas con la ruptura de relaciones diplomáticas desde el gobierno del general Lázaro Cárdenas y el admirable exilio español y republicano en nuestro país. En 1958, se expidió la Ley de Principios Fundamentales, considerado como un siniestro “*revival* fascista”, y al año siguiente, por si fuera poco, se inauguraron la basílica y el memorial del Valle de los Caídos. En ese mismo año, se inició el pontificado del papa Juan XXIII, uno de cuyas primeras iniciativas consistió en el llamado a no votar, en ningún lado y bajo ninguna circunstancia, por los candidatos y las agrupaciones comunistas.



Sede de la Escuela Nacional Preparatoria en el Antiguo Colegio de San Ildefonso



Patio interior del Antiguo Colegio de San Ildefonso

El debate teórico y filosófico en torno de estos y otros temas cruciales quedó recogido en la trayectoria de una revista francesa, *Les Temps Modernes*, y por el intercambio de ideas entre su director, Jean-Paul Sartre, y el escritor Albert Camus, por cierto de ascendencia y origen argelinos. La lucha política e ideológica en Europa occidental se fue decantando ente los postulados y proyectos de la *socialdemocracia*, de manera señalada y creativa en los países escandinavos, que impulsaron la construcción de los *estados de bienestar*, y la *democracia cristiana*, que formó gobiernos durante un dilatado periodo, principalmente en la República Federal Alemana y en Italia.

El despertar de Asia es, sin duda, otro de los grandes procesos políticos de esta época. La Gran Marcha encabezada por Mao Zedong, que se prolongó por tres décadas, culminó en 1949 con el establecimiento de la República Popular de China. Ese enorme país, el más poblado del mundo, se proclamó socialista, formó una alianza estratégica con la URSS y permitió afirmar a sus dirigentes que los vientos de Oriente empezaban a predominar sobre los de Occidente. El gobierno de Beijing, que no ocupaba entonces el sitio que le corresponde en el Consejo de Seguridad de la ONU, acababa de anunciar su “gran salto adelante”.

No fue la única hazaña de liberación en esos años. Del mismo corte y trascendencia fue la que tuvo lugar en la India, joya de la corona del Imperio Británico, que bajo la conducción de Mahatma Gandhi y su ejemplar resistencia pacífica, permitió la independencia de la nación. Al igual que ocurrió en los distintos territorios bajo dominio colonial, se hizo una escisión en buena medida artificial que condujo al surgimiento de Pakistán como

un país y un territorio para albergar principalmente a poblaciones musulmanas.

En diversos lugares de esa región del mundo y en otros contiguos, desde Birmania y Ceylán a Indonesia, y desde Irak a Siria, se presentaron circunstancias semejantes. No está por demás tener presente que, al iniciarse la década de los años cincuenta, en África existían sólo cuatro estados independientes: Egipto, Liberia, Etiopía y Sudáfrica. La situación más conflictiva y potencialmente explosiva fue la que se configuró con la creación en 1948, en territorio en ese entonces palestino, del estado de Israel, y que se ha prolongado y recrudecido a través del tiempo. También en esos años se estableció una República Árabe Unida que tuvo una duración efímera. El ciclo descolonizador habría de culminar, en la década siguiente, con el arribo a la independencia de los países de la llamada África Negra e incluso, podría decirse, hasta la desaparición y proscripción más adelante del *apartheid* en Sudáfrica.

En 1955 se realizó, en la ciudad de Bandung, una primera conferencia entre naciones asiáticas y africanas que habían alcanzado recientemente su independencia, junto a otras que cumplieron antes trayectorias similares. Esa reunión estuvo en el origen del planteamiento y de la formación tanto del entonces llamado Tercer Mundo, como de las políticas y cursos del *no alineamiento* ante las realidades y el clima de cerrado enfrentamiento que prevalecían en la política mundial.

Aquellos años registraron cambios sustanciales en la geografía política. También atestiguaron la presencia de destacadas personalidades en la escena mundial provenientes de estos países y de luchas históricas coinci-

dentos. A los ya conocidos y aquí mismo mencionados, Mao Zedong o Mahatma Gandhi, se sumaron los nombres y las imágenes de Josip Broz, Tito, de Zhou Enlai y Hồ Chí Minh; de Jawaharlal Nehru, Sukarno, Burguiba, Nasser, Ben Bella y pronto se asociaron los de Fidel Castro, Ernesto “Che” Guevara y Salvador Allende, así como los de Nkrumah, Sékou Touré, Patrice Lumumba, Léopold Senghor y Nelson Mandela. Todos ellos formaron una brillante generación de dirigentes políticos e ilustran una época que, a la distancia, contrasta con otras incluyendo, por cierto, la actual.

América Latina y la pertenencia de nuestro país a esa región del mundo, en su trayectoria histórica, en sus expresiones culturales, en sus problemas económicos y sociales y en sus perspectivas de presente y de futuro, se fueron afirmando en nuestro imaginario colectivo. No fue siempre claro y preciso lo que Carlos Monsiváis, en un excepcional ensayo, *Aires de familia*, identificó como las afinidades electivas entre los latinoamericanos de hoy en día. En primer lugar, ¿quiénes conforman esa subregión?, ¿cuáles son y en qué consisten los fundamentos reales de *Nuestra América* que contemplaba José Martí? La respuesta integral no se podía encontrar en el legado de Simón Bolívar ni en la raza de bronce proclamada por José Vasconcelos. Hispanoamérica no tiene el mismo significado y alcance que Indoamérica o que Iberoamérica, por ejemplo.

Nuestra adhesión al latinoamericanismo provino de los estudios históricos pero no menos lo captamos de las diversas expresiones culturales y de las obras literarias. Como activos impulsores de esta visión figuraron, entre nosotros, Justo Sierra, Carlos Pellicer, la generación universitaria del 29, los *Cuadernos Americanos* dirigidos por Jesús Silva Herzog. La idea de América Latina se afianzó a través de las lecturas de Pedro Henríquez Ureña, Germán Arciniegas, Juan José Arévalo y Luis Cardoza y Aragón, así como de los ensayos de José Carlos Mariátegui, José Enrique Rodó, José Ingenieros y Ezequiel Martínez Estrada.

A una primera incursión por la literatura mexicana de la primera mitad del siglo XX, se añadieron algunos escritores que nos condujeron por esos mismos caminos. Tan cercanos y entrañables como nuestros personajes y autores empezaron a ser para nosotros el *Martín Fierro* de José Hernández, *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes, el *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento, *La vorágine* de José Eustasio Rivera, *El Señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias, *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier y *Canaima* y *Doña Bárbara*, dos de las novelas escritas por Rómulo Gallegos, un presidente derrocado con uno más de los golpes militares que se sucedían, con desesperante frecuencia e impunidad, en nuestra región.

De las lecturas de esa época, sobresale la poesía: en primer lugar la de Rubén Darío pero también la de José

Asunción Silva, la de Porfirio Barba Jacob y de César Vallejo. Claves en la formación y el decantamiento de nuestra sensibilidad y sentido de pertenencia fueron los poetas chilenos. El intento de descifrar, por primera vez, las claves y el mensaje de *Altazor* fue fallido y, en todo caso, prematuro. En cambio, la leyenda de Gabriela Mistral, quien había vivido en México y participado en las misiones alfabetizadoras rurales, se acrecentó al otorgársele, en 1945, el Premio Nobel de literatura. Tuvimos los acercamientos iniciales a la poesía de Pablo Neruda, en especial a los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, e hicimos el recorrido americano acompañados y con la guía del *Canto general*.

Una primera cuestión por dilucidarse radicaba en la dicotomía entre el panamericanismo y el latinoamericanismo, entre el monroísmo y el bolivarismo, en los términos planteados, entre otros distinguidos internacionalistas, por Isidro Fabela.

En 1948 se había creado la Organización de los Estados Americanos y sabíamos que la Conferencia de Bogotá fue difícil por los temas sujetos a negociación pero también por las condiciones y el contexto en que se desarrolló. En el curso de su celebración, fue asesinado Jorge Eliécer Gaitán, el carismático y renovador dirigente político que más probabilidades tenía de ganar las elecciones presidenciales ese mismo año, en el país sede de la reunión. Fue el punto de arranque de “la Violencia en Colombia”, un complicado y duro proceso que, con distintas modalidades y vicisitudes, se ha prolongado hasta nuestros días.

Poco después de su creación, la OEA y en general el sistema interamericano fueron perdiendo confianza y credibilidad al convertirse, gradual y ostensiblemente, en instrumentos al servicio de los intereses de Estados Unidos durante la Guerra Fría. No fue la única, pero sí sintomática de esa situación la Conferencia de Caracas, en 1954, destinada de hecho a legitimar la caída del gobierno de Jacobo Árbenz en Guatemala. “Gloriosa Victoria”, con irritante expresión, la llamó el entonces secretario de Estado, John Foster Dulles, quien por lo demás tenía intereses económicos familiares en la United Fruit Company, una empresa que operaba y lucraba en toda la zona. Con el paso del tiempo, se haría más evidente el carácter intervencionista de los organismos regionales americanos y se empezó a plantear, al menos para México, una abierta predilección por el organismo de naturaleza y vocación universales ante el dilema de recurrir, en los asuntos relevantes en materia de seguridad, a las instancias internacionales.

En el curso de aquellos días fue derrocado el coronel Juan Domingo Perón por los propios militares y gobernaba en Argentina, en 1958, el presidente radical Arturo Frondizi. La compañera sentimental de Perón, Evita, con quien promovió las acciones de los “montoneros”

y la formación del movimiento justicialista, había muerto meses atrás. El peronismo, que imprimió desde entonces su sello en la vida política de ese país, fue uno de los mayores aunque contradictorios experimentos populistas en la historia de la región.

Algo similar había ocurrido en Brasil, en forma casi paralela, con la creación del Estado Novo y los gobiernos encabezados por Getúlio Vargas, un presidente que, ante el creciente acoso y lo que estimó como incompreensión y tráfico de deslealtades, se quitó la vida en su propia oficina, en Río de Janeiro. Después de un breve gobierno interino, llegó a la presidencia, en 1956, Juscelino Kubitschek, un gobernante que impulsó la modernización del país, mediante la industrialización basada en la sustitución de importaciones alentada por la Cepal, para lo cual adoptó como símbolo la construcción de Brasilia y el desplazamiento de la capital hacia la zona amazónica.

Uno de los rasgos sobresalientes en la región lo constituían la proliferación y extensión de las dictaduras militares. “La fiesta del chivo”, como bien sabemos, tuvo lugar en Santo Domingo bajo la dictadura de Leónidas Trujillo, pero las condiciones existentes hubieran permitido que se celebrara lo mismo en el Haití de François Duvalier, en la Nicaragua de la dinastía de los Somoza, en El Salvador, en la Guatemala de Miguel Ydígoras Fuentes, en el Paraguay de Alfredo Stroessner, o en la misma Cuba de Fulgencio Batista, otro auténtico sátrapa.

Sólo tres países, en esa época, podían exhibir credenciales democráticas: recientemente la Costa Rica de José Figueres y su partido Liberación Nacional; Uruguay, bajo la supremacía por muchos años del Partido Colorado, que había llegado a su fin con la elección de 1958, cuyo triunfo correspondió al Partido Nacional; y Chile, que tuvo elecciones en ese mismo año, las primeras en las que participó la Democracia Cristiana de Eduardo Frei Montalva, así como Salvador Allende postulado por el Partido Socialista, pero que ganó el candidato de la derecha tradicional chilena, Jorge Alessandri.

Ecuador y Perú tuvieron una tregua en sus conflictos y curiosamente sus gobiernos estuvieron presididos por caudillos civiles de estilos diferentes: José María Velasco Ibarra en el primero y Manuel Prado, que contó con el respaldo del APRA, en el segundo. En las elecciones de 1952, en Bolivia, había triunfado el Movimiento Nacionalista Revolucionario, una coalición de fuerzas populares, integrada por campesinos, mineros y trabajadores, al frente del cual se encontraba Víctor Paz Estenssoro. Los siguientes años, sin embargo, fueron de permanente inestabilidad y, a decir por los propios protagonistas, como Hernán Siles Suazo, el entonces vicepresidente y presidente años después, también de estancamiento prolongado y aun de retrocesos.

En dos países sudamericanos, Colombia y Venezuela, se produjeron en ese mismo año de 1958 fenómenos políticos de gran interés y entidad con la caída de sus respectivos gobiernos militares. En Colombia tuvo que abandonar el mando el coronel Gustavo Rojas Pinilla y se abrió paso el sistema de alternancia, convenida entre los dos mayores y más arraigados partidos políticos, el Conservador y el Liberal. En Venezuela, por su parte, se puso fin a una larga dictadura militar, la del general Marcos Pérez Jiménez, y llegó al gobierno Rómulo Betancourt, una de las figuras más representativas de la socialdemocracia en su proyección extraeuropea. El gobierno, sin estar establecido en una norma escrita, se administró asimismo mediante una especie de alternancia atemperada entre los partidos de Acción Democrática y la democracia cristiana representada por el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI).

A los pocos meses del inicio del gobierno de Adolfo López Mateos se produjo un singular incidente en las costas fronterizas de Guatemala y México. La detención de unos barcos pesqueros mexicanos, con todo y su tripulación, condujo hacia una espiral de acusaciones que terminó con la suspensión de las relaciones diplomáticas. En los medios informados y en los informales se estimaba que, en el caso de escalar el conflicto y pese a los supuestos y apariencias, podría haber una superioridad militar y castrense a favor del país vecino.

El suceso mayor de aquellos días y que captó la atención mundial se produjo, sin embargo, en otra parte. El primero de enero de 1959, después de una lucha prolongada principalmente en el interior y en las sierras de la isla de Cuba, entró triunfante a La Habana el ejército rebelde que encabezaba el comandante Fidel Castro. Renacía así el factor esperanza en cuya importancia, vital y política, ha insistido uno de nuestros maestros universitarios, el ex rector Pablo González Casanova. Se pensaba y sobre todo se anhelaba que la Revolución cubana fuera el inicio y la apertura de una nueva era no nada más en ese país sino, de igual manera, en otros confines del continente.

A cincuenta años de estos procesos, hoy sabemos cómo se desarrollaron y en dónde desembocaron. También podemos apreciar qué valores de entonces han perdurado y mantienen actualidad y vigencia. El mundo de ayer, el de 1958-1959, se ha modificado a tal grado que, en numerosos aspectos, es irreconocible. Pero intentar siquiera identificar los nuevos símbolos y derroteros, como bien advierten biógrafos y cronistas, sería otra historia. Nosotros terminamos el recorrido por algunas de nuestras batallas en el desierto con las palabras de un contemporáneo, Ixca Cienfuegos, quien precisamente en 1958 exclamaba con inocultable escepticismo: ¡qué le vamos a hacer!, en esas coordenadas del tiempo, en esos años, nos tocó vivir. **U**